

EL SENTIDO DE UNA CATEQUESIS EN CAMINO

Salvatore Currà¹

INTRODUCCIÓN

El Coloquio ha estado atravesado por tres preocupaciones convergentes: la escucha y la interpretación de las prácticas catequísticas de los diversos contextos eclesiales; la focalización de algunos puntos que producen problemas a la actual catequesis; el intento de pensar la catequesis en relación al actual contexto cultural y al sentido que podrá asumir, en este contexto, la nueva evangelización. Ha sido una reflexión muy profunda: entre las prácticas catequísticas y las teorías catequísticas, entre la atención a la diversidad de los contextos y la tentativa de tomar elementos comunes (experiencias, propuestas, desafíos); entre el contexto eclesial y el contexto cultural, entre la catequesis y la nueva evangelización.

El mundo de la catequesis emerge, en todas estas conexiones, como un mundo en camino; entre adquisiciones consolidadas y apertura a lo nuevo, entre una koiné lingüística ya construida y el reclamo a nuevos lenguajes. Situándome en este camino y entre estas conexiones, busco interpretar el trabajo hecho en este Congreso desde la óptica del sentido de la catequesis. Me muevo entre la autocomprensión actual de la catequesis y la comprensión de esa catequesis que está llamada a madurar en el futuro.

¹ Presidente de AICA (Asociación italiana de catequetas)

Privilegiaré tres dimensiones de la catequesis, continuamente reclamadas en nuestro Coloquio: la dimensión eclesial, la dimensión educativa o formativa y la dimensión de la comunicación del mensaje (dimensión comunicativa y veritativa). En relación a cada una de estas dimensiones o a cada una de las relaciones subyacentes (catequesis e Iglesia; catequesis y educación; catequesis, comunicación y verdad), buscaré tomar las direcciones del camino o por lo menos indicar temas de investigación catequética y teológico-pastoral. Tales búsquedas son cuanto más necesarias en el actual contexto y cuanto más desafiada a una interacción profunda con toda la reflexión teológica, sino también con la reflexión filosófica y de las ciencias humanas.

CATEQUESIS E IGLESIA: DESDE EL CONTEXTO ECLESIAL AL CONTEXTO HUMANO DE LA CATEQUESIS

La fuerza de la catequesis es la comunidad eclesial, que le da el contexto, da el ambiente vital. La renovación de la comunidad eclesial se vierte positivamente en la catequesis; como, al contrario, la caída de credibilidad de la Iglesia se vierte negativamente (Eipers). En la comunidad eclesial la catequesis está en estrecha relación con las otras dimensiones de la propuesta y de la existencia cristiana. Los itinerarios formativos implican un profundo vínculo de catequesis, liturgia, diaconía, llamada a la conversión, experiencia de comunión eclesial. La asunción del modelo o del estilo catecumenal en la iniciación cristiana ha favorecido estas parcelas, la catequesis de hecho ha privilegiado más la relación con la liturgia que con la diaconía, se ha apoyado más en la comunión eclesial que en el servicio *ad extra*. La relación con la diaconía se ha mantenido alejada (cf. Fossion y Meddi) y la pedagogía catecumenal se afina en dejar de lado la dimensión mistagógica (cf. Eipers). En general, se tiene la sensación que el catecumenado tenga todavía mucho que decir y que un verdadero espíritu catecumenal deba hacerse todavía camino (Boulogne). En la reflexión en acto sobre la iniciación cristiana se necesitaría, por tanto, poner más

claramente como tema la cuestión de la relación y del orden de los sacramentos (cf. Fossion); un debate sobre tal cuestión podría ayudar a una más profunda comprensión del sentido mismo de la pastoral, de la dimensión del don que debe atravesarla y de la exigencia de respeto de la libertad y de la elección de los sujetos.

La catequesis se caracteriza siempre más en su especificidad respecto al primer anuncio, sino también en íntima conexión con ella. En la práctica eclesial las dos acciones están, en su mayoría, muy relacionadas. Ha crecido mucho, incluso en países de antigua tradición cristiana, la sensibilidad sobre la importancia del primer anuncio, en conexión con una conversión de la pastoral en sentido misionero. El primer anuncio se centra en Jesucristo y en el sentido del Evangelio en relación a los puntos fundamentales de la existencia humana (cf. Biemmi). Permanece por consiguiente abierta una reflexión sobre el sentido y sobre el contenido del primer anuncio: necesitaríamos clarificar, por ejemplo, la relación entre Jesús pre-pascual y el Cristo resucitado (cf. Meddi). La catequesis misma no puede más que participar de la conversión misionera de la pastoral; está llamada a expresar la presencia profética de la Iglesia en el mundo, a expresarse como reflexión sapiencial sobre los eventos, a ejercitar una función poética y transformadora de la sociedad. Algunas condiciones pastorales y los lazos con algunas acciones pastorales son particularmente importantes. Ante todo los lazos con la pastoral de la familia. La familia, en la complejidad de la situación actual, permanece como lugar imprescindible de crecimiento en humanidad y en la fe. La catequesis de los muchachos y de los jóvenes, al interior de una pastoral eclesial de sostenimiento (y a menudo de ayuda y de rescate) a las familias, no puede no considerar a los padres sujetos de la educación de la fe (cf. Molinario). Las tentativas de un mayor compromiso de los padres en la catequesis de los muchachos (también como catequistas) han tenido éxitos diversos: se va de la experiencia de la catequesis familiar de iniciación eucarística de Chile, en la cual la familia es la clave del proyecto catequístico (cf. Ahumada), a las

experiencias en las cuales el compromiso de las familias permanece como un principio teórico (cf. Molinario), a la asunción del tema de la familia como principio de recomprender de la Iglesia misma (cf. Santedi). Sobre esta cuestión, evidentemente, tienen un peso fuerte los diversos contextos culturales, más o menos secularizados o más o menos unidos a la tradición.

El horizonte de la nueva evangelización nos envía inmediatamente a la cuestión de la "forma ecclesiae" (cf. Bressan). Una atención particular se pone sobre la calidad de las relaciones y de los procesos eclesiales. Esto tiene una gran importancia en relación a la exigencia de relaciones auténticas, tan fuertes como frustradas en la cultura actual. A menudo, en la comunidad eclesial, el Evangelio, pensado únicamente como contenido a transmitir y a mediar, informa poco los procesos, que tal vez sin que nadie lo note, desmienten el anuncio y el testimonio. Esto implica la necesidad de situar la catequesis en un horizonte relacional señalado profundamente por la reciprocidad y el intercambio, sin permanecer inmersos en la unilateralidad de la relación. Las comunidades de base se juegan en estos procesos (cf. Rubens)

El haber dado contexto eclesial a la catequesis es un gran triunfo, pero se necesita, de cualquier modo, liberar la catequesis de algún halo de intraeclesialidad que a menudo lo caracteriza. La catequesis, en realidad, participa del gran esfuerzo que hace hoy la Iglesia de hacer una aportación de verdadera humanidad, de hacerse experta en humanidad, mostrando el gran "sí" de Dios al hombre. En esta óptica, la catequesis se pensará, siempre cada vez más, fuera de los límites de la comunidad, de la parroquia o por lo menos en una comunidad que se construye más a partir del territorio, a partir de las situaciones y desde los lugares de vida de las personas. A partir de estos otros contextos, la catequesis se desarrollará siempre más como práctica hermenéutica del construirse como sujeto, del sentirse, desde cristiano, ciudadanos del mundo; esto sucederá en la relación con los recursos eclesiales (el Evangelio, los sacra-

mentos...) advertidos imprescindibles porque les dará verdadera humanidad, verdadero crecimiento, verdadera convivencia. Esto implica una cierta relativización de las separaciones: nosotros-los otros, cristianos-no cristianos, parroquia-territorio, Iglesia-mundo. Se hace más central el terreno común a todos, señalado por los problemas de vida de todos. Sobre este terreno, estamos en camino con todos, con la misma fragilidad de todos y los recursos de gracia que se dan por todos. El terreno de lo humano es terreno sagrado, lleva los rasgos de la creación y la redención.

Ganado este terreno, ganada una relación de verdadera reciprocidad y de recíproco puesta en juego, se puede hablar más y mejor del Evangelio, adquieren sentido verdadero sea el primer anuncio sea los recorridos de catequesis, y se supera la sensación que el Evangelio sea una clase de sobreestructura respecto a la vida. Se rompe así con aquella extraña lógica formativa, que anima tanta pastoral, que antes separa y luego persigue la reunificación; siguiendo esta lógica, sería necesario antes de llegar a ser cristianos (separándose en cierto modo del mundo) y luego coger el nexo entre mensaje cristiano y vida (integración fe-vida), para vivir un proyecto cristiano de vida. La partida, en realidad, no se juega más, en el fondo, sobre ser cristiano o no; y, desde el punto de vista eclesial, el primer drama no es la separación entre fe y vida o fe y cultura. La partida se juega, sobretodo, sobre lo que de verdad es humano y sobre lo que no lo es, sobre el ser o menos sobre los rasgos de la verdadera humanidad, sobre el ser de verdad abiertos a la alteridad y a la gracia, sobre estar de verdad sobre la trazas del Dios que habla y que ya ha hablado en Jesucristo; y el primer drama, drama de todos, son los signos de la deshumanización

CATEQUESIS Y EDUCACIÓN: DE LA CENTRALIDAD DE LA PROPUESTA A LA CENTRALIDAD DEL SUJETO

La catequesis se ha hecho atenta a los sujetos y al contexto cultural. Aunque si a menudo está atención ha sido instrumental y

faltaba una práctica hermenéutica de la inculturación (Cf. Meddi), hay un camino hecho hacia la centralidad del sujeto. Se pueden reclamar algunas atenciones maduradas en estos años y que forman parte de este camino: la valoración del método, la atención a la experiencia y al desarrollo evolutivo de los sujetos, la recompreensión del mensaje cristiano en términos existenciales, el desarrollo de lógicas de correlación, la activación de una pluralidad de recorridos siguiendo las situaciones existenciales, el cuidado de las relaciones, la interpretación educativa de la dinámica "traditio-redditio", los esfuerzos de atención a la interiorización y a la "receptio" (cf. Montici). La catequesis ha desarrollado así, entre dificultades y debates acalorados e incluso abiertos, su dimensión educativa. Se ha hecho atenta a toda persona, buscando un equilibrio entre dimensión intelectual, emotiva y comportamental (cf. Eipers). Se ha ido desarrollando pensando en el sujeto dentro de la sociedad: se ha esforzado (y deberá continuar haciéndolo) dando instrumentos críticos de interpretación de la sociedad, de integrar la doctrina social de la Iglesia en sus itinerarios (cf. Eipers) de formar a ser cristiano en la sociedad (Cf. Ahumada).

Se tiene en cuenta que una catequesis que forma a la ciudadanía social no puede no formar también a una ciudadanía eclesial consciente y responsable (cf. Fossion). Vuelve la cuestión de la calidad de las relaciones sociales y la dificultad a dar espacio verdaderamente, en la Iglesia, a los laicos. Signos de esta dificultad son: el cansancio para dar prioridad a la catequesis de adultos (Cf. Leimbruger, Caprioli) y el cansancio para encontrar y formar catequistas. La condición adulta se toma en serio, ya de partida, y la relación con el adulto no puede tener carácter funcional (cf. Routhier). Un camino a perseguir es el de crear lugares hermenéuticos, de diálogo, de búsqueda y de experimentación (cf. Fossion).

El desarrollo de la dimensión educativa ha llevado al crecimiento del sentido de itinerario, de la sistematicidad, del acompañamiento. Esto se enfrenta a menudo con situaciones marcadas por la

movilidad, la pertenencia parcial, el cansancio de comprometerse en proyectos continuos. La pastoral catequística ha crecido en la capacidad de ofrecer recorridos diferenciados, valorando también lugares diferenciados (cf. Fossion). Hay un ulterior desafío: a una pastoral, podremos decir, más gratuita y más marcada por la gracia de Dios. Se tiene viva la memoria que Dios es la obra en la historia de cada persona, que la pastoral constituye siempre una mediación, que la conversión no pertenece a la mediación pastoral (Eipers), que el anuncio tiene un significado en si mismo, como expresión de caridad, sin ser orientado necesariamente a suscitar la conversión (Fossion). Desde la pastoral o la catequesis de la atención educativa, o desde la dimensión educativa de la pastoral y de la catequesis, se pasa a un verdadero descentramiento sobre los sujetos, que al mismo tiempo es un descentramiento en la iniciativa de Dios.

El significado educativo de la catequesis se piensa en este horizonte. Tal horizonte provoca, a mi parecer, un cierto redimensionamiento de la catequesis y una reconsideración de la relación catequesis-educación (cf. Montisci). Podemos evidenciar la cuestión, pensando en la iniciación cristiana; pero no solo. La catequesis es un momento o una dimensión del camino formativo sin agotarlo. Tiene su especificidad desde tener viva, legada al conocimiento de la fe, a la interpretación cristiana de la vida y del proceso personal de crecimiento; pero al mismo tiempo se tiene relación con la liturgia y la diaconía, que tienen, una función educativa en cuanto tal, y no por la mediación de la catequesis. La catequesis introduce a la liturgia y a la diaconía, pero vive también de la liturgia y la diaconía. Esa es dimensión constitutiva de la educación a la y de la fe, pero no se identifica "Tout court" con ella. Me pregunto si no va un poco redimensionada la idea de que la catequesis es educación a la fe. Ella es una dimensión de la educación de la fe. Sin quitar nada a la dimensión educativa de la catequesis, se evitaría quizás pensar la educación de la fe en términos de primado de la comprensión. Entre los catequistas es quizás demasiado fuerte el

sentido que en el fondo, todo comienza desde la comprensión, si se trata de una comprensión existencial. Signo de esto es quizás el hecho de que la reflexión mistagógica es débil (cf. Meddi). La relación, encontrada, con la liturgia y la diaconía permanece desde profundizar ulteriormente, en la prospectiva del primado del sujeto y de la gracia.

El proceso de descentramiento sobre el sujeto o de restitución al sujeto de la iniciativa, se expone evidentemente a derivas subjetivas y a interpretaciones no correctas de la fe. Para evitar estas derivas y para tener vivo el significado humano de la Revelación se apunta, en general, sobre una visión antropológica que esté a la altura de la Revelación cristiana y que inspire y sostenga los itinerarios catequísticos. La antropología actualmente subyacente a la catequesis, en género de inspiración personalista (cf. Montisci) piensa en el sujeto constitutivamente abierto a lo trascendente, en relación con los otros, y por consiguiente en la trama del nosotros social y eclesial. Tal comprensión del sujeto, en realidad, se profundiza, caminando más allá de las categorías antropológicas de tipo personalista, que, en el fondo, piensan el sujeto como sujeto libre, en búsqueda (del sentido de la vida, de Dios), deseosos de autenticidad, constructores del propio proyecto de vida. Todo el esfuerzo de evangelización es a menudo en hacer evidente estas dimensiones apostando sobre el hecho de que estamos aunque no lo parezca, y de proponer la fe y la vida eclesial como posibilidad de plenitud de sentido, de ejercicio inteligente de la propia libertad, de acogida de lo que da sentido al proyecto de vida. Para evitar el sentido de la reducción del mensaje se insiste en el hecho de que la plenitud desborda las preguntas, las necesidades y las esperanzas del sujeto, lo que es una novedad, algo que va más allá de las expectativas; que es una sorpresa inserta en el Evangelio. Estas preocupaciones, que quieren que el Evangelio hable al sujeto, nos invitan, a hacernos pensar bien, centradas todavía sobre la propuesta, sobre nuestras preocupaciones que el Evangelio habla.

La partida se juega de verdad sobre el terreno del sujeto; y por tanto la atención se lleva en su humanidad, sobre la verdad de ser sujetos, y sobre la presencia de Dios que marca estructuralmente el sujeto. Antes que libre, auténtico, en búsqueda, abierto a la sorpresa, con derecho a dar un sentido a su vida, el sujeto es el llamado, el responsable de su hermano, aquel que vive de los dones recibidos, que ya está en deuda de amor y reconocimiento. Estas últimas categorías, quizás, captan más profundamente la sensibilidad del hombre contemporáneo que más que (o antes que) tener la exigencia de dar orientación a su vida, tiene necesidad de reconciliarse consigo mismo, de sentirse amado también con sus debilidades, de reconocerse criatura. Esto parece llamar a una pastoral, y a una catequesis, de la gracia, más que del proyecto. Por otra parte, esta antropología de la creaturalidad (o del don, o del reconocimiento, o de la llamada que precede el proyecto) está quizás más en sintonía con la Revelación cristiana. Y el primer problema no es el de mediar la Revelación al hombre de hoy, sino de mirar al hombre según la Revelación. Si la pastoral y la catequesis se piensan según la Revelación, decimos según la Escritura, se abren cada vez más y de verdad al terreno humano; y tal terreno (precisamente el de la verdad y sinceridad del sujeto) es de verdad el único terreno de juego. Sea porque el hombre de hoy (y de mañana) no interactúa más con la Iglesia sobre el terreno de los intereses por la fe, sino sea también porque el Evangelio puede significar y ser comprendido por aquel que está solamente en aquel horizonte de humanidad verdadera, que le es propio. Paradójicamente a partir del hombre estamos reconducidos a redescubrir la fidelidad a la Revelación y el sentido de la verdad cristiana.

CATEQUESIS, COMUNICACIÓN Y VERDAD: DESDE LA COMPRESIÓN AL "SITE" DE LA COMPRESIÓN Y EL EVENTO

La catequesis tiene una dimensión de conocimiento del mensaje cristiano. Donde la catequesis se piensa que está muy relacionada con la escuela, esta dimensión se advierte fuerte; pero se siente

siempre más fuerte en la catequesis parroquial. La imagen que llega recientemente de la catequesis es la da una mayor atención a los contenidos o a tener viva la instancia de verdad, una catequesis que debe hacerse más atenta a los contenidos, a lo completo y a su esencialidad. Esto se hace teniendo en cuenta que los contenidos funcionan en una lógica hermeneútica (por lo que gradualmente el sujeto se aferra al valor de recurso para alargar los horizontes de la vida), que expresan lo vivido por una comunidad cristiana, que son la reducción necesaria a contenido de lo que es irreducible a contenido. El mensaje cristiano, en efecto, lleva los rasgos del acontecimiento.

Resulta prometedor la mejor valoración de la Biblia en la catequesis. Las modalidades y las atenciones son tantas y, todo sumado, reconducible a atenciones comunes (cf. Lorenzi): la búsqueda de la interacción entre texto bíblico y vida personal (cf. Leimgruber); la tentación de familiarizarse con el lenguaje bíblico; los recorridos comunitarios de lectura reconociéndose recíprocamente el derecho de tomar la palabra, para expresar el encontrarse en el texto y juntos sentirse logrados desde un don o una llamada; itinerarios más estrictamente catequísticos o más litúrgicos o de oración, más de conocimiento o más espirituales. Probablemente tenemos que reflexionar ulteriormente sobre el significado de la Escritura en la vida cristiana y en relación con la catequesis. Un desafío parece ser el de favorecer un encuentro con la Escritura no solo considerándola signo (instrumento) para captar los contenidos de la fe, sino también a través de una aproximación que tenga un valor en sí mismo, una aproximación, se podría decir, cuasi-sacramental (cf. el tema de la sacramentalidad de la Palabra en la *Verbum Domini*). La aproximación de la Escritura es, en el fondo, un habitarla, un entrar en ella (Cf. Lorenzi). Esta aproximación, a pensarnos bien, nos acerca a alguna sensibilidad, unida al tocar y al sentir, que son propias de la religiosidad popular

Por este camino, la cuestión de la Escritura abre inmediatamente a otras cuestiones y a una reconsideración misma del sentido de los contenidos en catequesis. La atención a la mediación experiencial de los contenidos, que ha caracterizado la catequesis en los años pasados, debe, quizás, dejar más el puesto a la preocupación por situar los contenidos en el itinerario existencial. Se advierte, desde más partes, la necesidad de dar espacio a las buenas prácticas (litúrgica, de caridad, de oración) y a las prácticas continuadas (buenos hábitos). Más que hacer aprehender (comprender) el sentido del Evangelio para la vida, se trata de favorecer hábitos sistemáticos, basados en el afecto y en la confianza; se trata, por consiguiente, de asegurar las condiciones en que el Evangelio pueda hablar por aquello que es. La comprensión puede ser dejada, en cierta medida, al sujeto. Más que cuestiones de comprensión correcta, más o menos doctrinal o existencial, hay una cuestión de volver a dar lugar a la comprensión del Evangelio, que no es cualquiera comprensión. En este sentido, la recuperación de los contenidos pasa por una sana relativización (en el sentido de poner en relación, en contexto, no de desvalorización) de los mismos contenidos. La reapertura de la cuestión de la verdad implica la superación de la identificación de la verdad con la profesión de fe (que no forma parte). La cuestión se abre en tantos frentes: la recuperación del sentido de la Revelación como evento, el primado de la iniciativa de Dios en la pastoral, la sinceridad-verdad del sujeto, una comunicación inspirada desde la lógica de la Revelación, que resiste a la reducción de la Revelación a contenido. Tal reducción es necesaria, la fe se convierte en contenido; y la catequesis dice los contenidos. Pero, mientras dice los contenidos, los sitúa también en el acontecimiento, porque los contenidos significan de verdad mientras se vive el acontecimiento y, mientras se entra en ellos, provocan una clase de torsión hacia el evento (Cf. Lorenzi)

La catequesis, en cuanto mediación de la Palabra, está atravesada por una paradoja: dice lo indecible (cf. Lorenzi); dice la Palabra, pero junto a ello busca el lugar en que la Palabra se dice: La cate-

quesis dice un Dios que habla. Su decir está continuamente interpelado a ser un decir según la Palabra. Y su hablar al hombre es un hablar de Dios, sino también un hablar porque Dios se lo diga. Esto no puede llegar más que interceptando el lugar, en la persona, donde Dios está ya hablando. Tal lugar no es una pregunta, una necesidad, no está en el plano de la conciencia de la persona, sino que es como un rasgo, una escritura, un signo del paso de Dios, que precede la toma de conciencia del sujeto. En cierto sentido, es mientras se está en este camino, que se comprende la Revelación. La comprensión de un evento implica un estar ya en el evento; la comprensión de un don y de una llamada implica ya una acogida del don y de la llamada. Todo esto nos abre a una reflexión, todavía débil en la catequética pero también en toda la reflexión teológica, sobre el lenguaje propio de la Revelación, sobre el sentido humano del lenguaje, sobre el sentido del lenguaje en catequesis (las conferencias de Boulogne y Lorenzi contienen apertura sobre esta problemática). Es necesario liberarse de visiones instrumentales del lenguaje y de la comunicación; hablar, en efecto, no se reduce a transmisión y adaptación de los contenidos, como el comunicar no se reduce a transmisión unilateral. Es necesario profundizar el hecho de que el lenguaje y la comunicación de la catequesis son proporcionales, e inspirados, al hablar y al comunicar de Dios. Por este camino adquieren también espesor de verdadera humanidad